

JULIO MOLINA L.
JUAN A. ARAYA
SELVA LIRICA
ESTUDIO SOBRE
LOS POETAS
CHILENOS

SELVA LIRICA



ALVARO OSPINA 2011 JUN 2008

E. L. MELENDEZ O.

ESTUDIOS SOBRE LOS POETAS
CHILENOS POR JULIO MOLINA
NUNEZ Y JUAN AGUSTIN
ARAYA (O. SEGURA CASTRO).

AAE2488

SELVA LÍRICA

ESTUDIOS SOBRE LOS POETAS CHILENOS

POR

Julio Molina Núñez

Y

Juan Agustín Araya

(O. Segura Castro)



SANTIAGO DE CHILE
SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO
Galería Alessandri 20

—
1917

Alberto Moreno

(En Chañaral, el 8 de Agosto de 1886)



Su adolescencia fué sobria, mística, serena. Profundamente observador, sus primeros pasos en la literatura, dejaban en la senda las huellas de una filosofía prematura y el oro de una poesía exquisita. Su primer amor, romántico e ingenuo, hacia una muchacha materialista y desdenosa, le hizo romper la monotonía de su quietud habitual.

Y el poeta amoroso, el filósofo prematuro, abandonó la situación espectable de su hogar, arrastrado por el dolor de su pasión desdenada. Y su carácter dulce, apacible, se transformó en levantisco y desordenado, que le ha hecho saborear las más complicadas y ásperas bohemias.

Su espíritu, libertario desde entonces, ha atravesado por las alternativas más dolorosas y más blandas. Ha vivido los placeres más intensos y mordido las angustias más amargas. Juguete de las raras intrigas del destino, ha ocupado un asiento en la mesa de un magnate y cenado entre canallas en los mesones amanecidos de una última fonda de arrabal. Ha tendido su cuerpo en los lechos más severos y dormido a ras de tierra bajo toda intemperie.

Es el tipo del verdadero bohemio.

Su modo atormentado, su manera mística de formular las cosas y el dejo misterioso de su voz grave y lenta, palpitan elocuentes en su extraña naturaleza de artista.

Desapegado de toda escuela o tendencia literaria, vive su poesía con la fuerza del naufrago. Se interna por los vericuetos de la vida espiritual como una hormiga que preparara sus provisiones para el próximo invierno. Captura las psicologías más humildes, ignoradas y abstrusas, que escapan a la simple vista, y las transcribe al papel con una propiedad pasmosa, deleitable.

Alberto Moreno es el cantor exquisito y único de la vida ordinaria con sus múltiples zozobras espirituales.

Su refinamiento es voluptuoso, dentro de la forma velada y mística de sus concepciones líricas.

A veces sus pensamientos son sutiles, vaporosos; otras, mezcla de naturalismo y relativa obscuridad. Pero siempre sus expresiones alcanzan un objeto: transfiguran radiosamente, sacan a luz, como un tesoro virgen, la vida anónima y polvorienta de las cosas ínfimas que cantara Guerra Junqueiro, y el silencio menudo de la hora vulgar. Una científica naturaleza de arte coloreada de misticismo ibseniano, arrastra sus versos a una fórmula única y personal entre nosotros, que bien puede ser la del *futurismo poético*.

El poeta nos ha dicho: «Tendencia literaria—podría decirse—no tengo ninguna. Únicamente escribo por la *necesidad psíquica de fijar* ciertas bellezas interiores florecidas por el contacto de otras bellezas circunstanciales de la vida ordinaria. No escribo sólo por *escribir poetas* cuando se me antoje o cuando quiera hacerlas. No; escribo cuando la emoción me hace nacer esa necesidad psíquica de que hablo, y entonces trato de exteriorizar el *trance* con la mayor honradez posible y exactitud en la introspección, a fin de que resulte *originalidad*, es decir, la verdad...»

A pesar de que Moreno abomina del carnerazgo de las escuelas literarias y cree comulgar en la eucaristía de una tendencia propia y desconocida, nosotros estimamos que, por el lustre y subjetividad de su poesía, debe figurar como el primero de los poetas simbolistas, a la cabeza de ese fuerte núcleo de combate que forman Pedro Prado, García Huidobro, Jorge Hübner, Angel Cruchaga, Luciano Morgado y otros.

Hay poemas de Alberto Moreno que un Baudelaire o un Maeterlinck prohibirían sin vacilar.

Lástima que exquisiteces como las de este artista se pierdan en la sombra de un cuaderno personal desastroso, y es sensible que por el orgullo y la indiferencia de Moreno, su talento no haya ocupado el lugar que le corresponde en las Letras Americanas.

Poeta de talla muy superior a la de su amigo íntimo el perdurable Pezoa Véliz, heredó de éste [la forma impecable y el fondo ácido de escepticismo de su poesía. Jamás vibra su verso sin que un temblor nuevo conmueva las miradas y el alma del que le escucha. Siempre encontramos en sus poemas ese destello vigoroso y lancinante que hace destacar entre todos su personalidad de una manera inconfundible.

Ha aspirado la vida a todo pulmón: Alejado de los corrillos o monotonías literarias, en que las discusiones prejuiciadas oponen un código a las ideas avanzadas y rompen el fuego sobre todo aquello que significa un gesto de rebelión contra las normas rutinarias del día, él ha podido hacer sus jornadas espirituales sin arrepentirse ante una palabra que tratara de cortar las alas audaces de sus pensamientos, y ha sacado a luz su brillante cosecha y lucido su personalidad como un bello infante desnudo sobre los pañales de la cuna.

La labor de este poeta es vasta, pero desconocida. Tendría material para tres libros, si sus poemas, esparcidos al azar entre sus compañeros de arte y enamorados de sus versos, no tuvieran un destino dudoso.

Hace mucho tiempo nos prometió *Los cuatro reinos* (cien poemas en verso), título que tuvo que modificar por motivos de una ingeniosa y muy humana observación de Pezoa Véliz.

Ultimamente nos ha prometido *De las zonas vírgenes*, libro que estamos seguros jamás aparecerá si no se interesa directamente un editor.

Como dramaturgo Alberto Moreno es un anónimo absoluto.

En su obra *Los Inculpables*, drama en prosa y tres actos, hace palpar en sus personajes, de una manera fuerte y emocionante las luchas sordas que entablan las eternas víctimas del amor, que caen inmoladas en alas de sus ideales, maldecidas por media humanidad y sin tener más culpa que la de ceder ante el misterio de los destinos irrevocables.

Como en la poesía, Moreno triunfa en el drama.

Sus diálogos son reposados y penetrantes. Convence con la actitud serena de una frase resignada. El epíteto es su fuerte. Una palabra, un monosílabo cualquiera, revela la tragedia dolorosa de un instante.

Sus personajes se mueven en una zona de profundo realismo. Nada de supercherías, de aditamentos teatrales. La vida íntima con sus múltiples aspectos resbala por las escenas como un viento huracanado que viniera de las nieves. Y pasa y concluye con la misma vulgaridad de siempre, pero dejando en el alma la amargura sin límites, la tristeza infinita de la fatalidad que suele atravesarse como un fantasma en el camino de los humanos.

Alberto Moreno es un Pezoa Véliz, más refinado, más grande, más fuerte. El examen de la obra de ambos colocará a cada uno en el lugar que le corresponde.

Ocupa actualmente un puesto en la Municipalidad de Valparaíso.

FRUTO MAXIMO

Después de los intensos desgastes
en que explotamos nuestra doble alma,
y hacemos elixir del fastidio
con aleaciones malas;

después de olvidar el otro mundo
y el misterio de esta vida vasta,
para poder sonambulizarnos
e invertir el *karma*;

después de la inmersión en la noche
anterior, y de violar la parda
brujería de horas evasivas,
sorpresas visionarias,

hème aquí, solitario, cobarde,
tendido cual espectro, en la cama,
rodeado de una sombra inquieta
en una tarde larga.

El pasmado silencio se activa
con sus redes enormes y raras,
forma un aire eternal en las cosas,
de sorda represalia.

Los temblores nerviosos aumentan
y el miedo del espíritu horada.
(Un viento huracanado, furtivo,
entrebrió la ventana).

Y se puebla de luces y ruidos
y figuras hundidas, la boharda,
como alguna invasión de visiones
que mandara la Nada.

Anochece. ¿Qué número toca
a esta noche mortal como tantas,
esta noche que es sólo una angustia
sobre la hora urbana?

El crepúsculo inmenso descende,
y como un abismo que se vacía,
forman una atmósfera de terrores,
una órbita macabra,

temblorosa de presentimientos,
embriones de pesadillas vagas
y dislocaciones de recuerdos
en épocas hermanas.

El *presente* entra al organismo
y de nuevos misterios lo baña.
El espíritu avizor palpita
por la implacable saña,

de los unguentos de la vida,
los maleficios de jornada,

¡condenación final y negra!
¡y la nada, la nada!

Y con ázoe en los dolores,
revulso de infinito y alma,
quisiera ser irresponsable
cual muerto que alentara....

EL POEMA SECRETO

Y fué en el meridiano
de un día amplio y callado,
como una fiesta nueva
del espíritu. El cielo,

puro como la muerte,
inmune como el sueño,
estaba decorado
por sol ávido y grueso.

Vagaba en la inconsciencia
de asuntos familiares,
en esa hora sabia
del último silencio;

del último silencio
de nuestra alma; silencio
que nos da la certeza
de la última jornada
y el reciente destino.

Vagaba. El pensamiento,
en la destreza frío,
con sus parcas maniobras
saltaba los objetos;

se posaba en los duros
desgastes de las cosas,
ante los espectáculos
enanos de la alfombra;

bien discurría, ajeno
al diapasón violento
del sol, entre las huellas
de su propia pasada;

bien hacía capturas,
de gris psicología,
en la charla indolente
de hermana laboriosa;

de la joven inquieta
que resume mi espíritu
y da fruiciones vagas
a los diarios afanes.

*

....Un timbre que resuena....
Es la amada que llega.

Ella entró vulgarmente,
en ropas de negruras....
La familia riendo,
los abrazos, los besos,
las rancias atenciones.

En ropas de negruras
surgía *aquello grave*:
(mi emoción y mi ensueño,
mi objeto de terrores,
¡mi único paraíso!)

Surgía el rostro blanco
algo cansado y triste.

Esta mujer antigua
—para mí que soy niño
ante el tiempo y el alma—
es una mujer joven;

pero ha vivido tanto
en la existencia mía,
ha removido tantas
visiones y quimeras,
que en el misterio claro
de su belleza aún queda
un remoto espejismo
y una vieja añoranza
de tiempos misteriosos.

Estamos frente a frente,
fingiendo indiferencia,
(¡y se explodian todas
las fibras más sutiles!)

Las charlas familiares
hacen común atmósfera
con los hondos efluvios
de dos almas inquietas.

Está bella, sonriente,
en su ardua compostura;
ni un pensamiento mío
se envuelve en sensualismo,
¡como si fuera diosa,
como si fuera mármol!

Transcurre el tiempo, sólo
para formar las redes
de los destinos todos.
Y el cañamazo nuestro
¿aún no termina el Tiempo?

No lo termina, porque
sentimos vago aviso,
un llamado perenne
a zonas más intensas;

y nuestras manos, nuestras
miradas; las presencias,
las risas, las palabras,
los silencios inquietos

de este amor estupendo,
van tejiendo la trama
para que las compuertas
del infinito se abran!

Y estamos frente a frente
movidos por la humana
tarea de cubrir los
ex-abruptos del alma!

Esperamos milagros
del Gran Todo; una fuerza
rica, suprema, augusta,
portadora de edenes
afrodisíacos; hondos
paraísos de hechizo,

que sacudan los nervios,
conquisten el Silencio
y avasallen los cuerpos
inmóviles y místicos,

para que surja la hora
maravillosamente

gloriosa del poema
de la carne y la vida.

*

Los arreos mundanos,
los convencionalismos,
aguardan tras las puertas
del misterio. Las almas
—nuestras almas— dejaron
de oficiar. Es la hora
de la vida ordinaria.
Diosa que desconoce
los tesoros que guarda.

De pie para marcharse,
ella ríe con todos
y muestra movimientos
graciosos y sencillos,
como para ocultar
la vida verdadera
del espíritu, ésa
que trasciende furtiva
en los bellos relámpagos
de su mirada triste
hacia mi alma en suspenso.

Y como siempre, siempre,
como todos los días,
su fina mano blanca
estrecha el temblor vago
de mi mano. Y entonces
los efluvios astrales
intervienen. Nostalgias
de algún remoto cielo,
en los nervios unidos
vibran como un poema.

Nos apartamos como
dos fuerzas misteriosas,
sabedoras que un día
—o talvez miles de años
después de estos encuentros—
comulgarán unidas
en el connubio psíquico
de las constelaciones!

DE LOS POEMAS NUEVOS

Sol extraño, de patología,
se ha desdoblado en mi corazón,
y quema implacable, noche y día,
como una vil brasa de carbón.

Es sol fantasma del otro sol
y su alma diluye en las arterias,

con la dinámica del alcohol
y los progresos de las bacterias.

Esta atroz calentura oculta
está transformando la vida,
sus lógicas fuentes sepulta
y deja el alma suspendida.

Intensifica los latidos,
procrea todos los terrores,
pone un gris vuelco en los sentidos
y escalofrío en los dolores.

Mis buenas tierras humanas,
mis dominios de existencia,
sólo serán zonas vanas
de monstruosa virulencia;

como las fosas comunes
con la virtud de un sol fuerte,
y en donde quedan impunes
los trabajos de la muerte,

hasta que la muerte tuya,
jamor duro, de delito!
mi pobre cuerpo reconstruya
y apague el fuego maldito!

MI GIGANTA

(A Carlos Baudelaire, como inspirador).

Maestro: Yo no sueño con las gigantas tuyas;
tengo una mujer viva, más real y fabulosa:
es moderna, vibrante—para que tú te instruyas
de los raros progresos de esta edad contagiosa.

Mi gigantea no tiene las perezas serenas,
no es matrona, ni diosa, ni estatua simbolista;
sus carnes, sus ensueños, sus linfas y sus venas,
son savias, floraciones, de una magia realista.

Si la vieras, poeta, con su gran compostura,
tú que siempre soñabas artificios extraños,
en sus pasos ambiguos y en su inmensa figura
pierden sus agresiones la ceiba de los años.

Si la vieras cruzando las plazas dilatadas,
con su belleza rubia y el aire distraído;
los muslos prepotentes, las piernas ignoradas:
todo el firme tesoro debajo del vestido.

La veo en las mañanas, las siestas y las tardes
—viviente hechicería de la ciudad atroz—
como un poema enorme sin énfasis ni alardes,
nacido en el silencio para el vicio de un dios.

A veces he seguido su vasto encantamiento,
el hondo poderío de este fruto, salud
de rancios desdichados, sin más resarcimiento
que madurar sus sueños dentro del ataúd.

He visto en sus ojeras y el mirar clandestino
telepatías hondas de noches solitarias,
tatuajes que no marcan vulgaridades, sino
divinos espejismos de sexos y plegarias.

¿Quién sabe los misterios de este vasto organismo?
¿Quién llega a los dominios de su rica nirvana?

¿Será desmesurado como el cuerpo el abismo
de su quimera sobre la forma sobrehumana?

Poeta: no la quiero como fría giganta,
como tú, al desear los encantos serenos,
los pródigos regazos de una ternura santa
«al dormirte besando la sombra de los senos»;

la quiero como un monstruo bendito y formidable
de estas pobres ciudades, de estos pobres poetas;
su fenómeno adoro—bálsamo saludable—
para mi gran fastidio, mis torturas secretas.

MUSA MODERNA

Mi musa está incurable, destruida.
¡Si la vieran, Dios mío! Los terrores,
los vértigos, fatigas de la vida,
la ahogan con enormes estertores!

Pobrecita! Tendida en los escombros
de un violento existir, mira, recuerda....
Con la fatalidad sobre los hombros,
no hay reptil ni dolor que no la muerda.

Mi musa está incurable. Las promesas
de los sueños, no existen. Las quimeras
se fueron como tropa de posesas,
cual fastuosas y bellas calaveras.

Agotó su vendimia de ideales;
ni una brizna encontró para su nido,
ni restañó la sangre de sus males
el curandero vago del olvido.

Hoy adora placeres misteriosos,
donde hay fósforo, azufre, valeriana;
donde hay espasmos tétricos, nerviosos,
y un regusto supremo de nirvana.

Irónica, impotente, ya no hay plectros
que encanten el retiro en que se abisma;
tan solo se solaza con espectros
redivivos del fondo de sí misma.

En las tardes el pecho le tortura
un deseo voraz al cual se aferra:
sed de una apocalíptica ternura,
hambre de nuevo cielo y nueva tierra.

Pero no hay fuego, sueño ni embeleso,
las venas muertas y los brazos rotos,
los labios impotentes para el beso,
los éxtasis oscuros y remotos....

Musa. Un secreto fuego te reanima:
prepara tus miserias, tu tesoro;
el éxodo supremo se aproxima
con sonos de arpas y mirajes de oro.

Cuando la eterna pálida te encuentre
pronta para partir, tal vez recobres
el inmenso ideal de abrirte el vientre
para nutrir el sueño de los pobres.

LIBERACION

Llenaste los minutos agresivos
de mis duelos, terrores y pobreza,
con tu pequeño amor sin incentivos,
con tu ruda y anónima belleza.

Llenaste de mi vida los vacíos
donde florecen todos los venenos,
donde el virus fatal de mis hastíos,
me aparta de la vida de los buenos.

Con tu afán de matar las vastas penas
buscabas paraísos de ternura,
en las noches tan rancias y tan llenas,
de una pasión vulgar, áspera y pura.

Fueron la disciplina de los besos,
de la cita, el abrazo y los proyectos,
los que con sus poderes inconfesos
derribaron mis vicios más abyectos.

Supiste en las silvestres inconciencias,
dominadoras de tu amor bendito,
poner bálsamo y sol en mis dolencias
y una quimera más en mi infinito.

Maravilla o milagro de los lentos
paseos rutinarios por la vía:
tus extraños, tus vagos crispamientos,
incubaron en mí la profecía

de que todo era un fraude del destino,
a pesar de ser mías tus visiones,
mío tu cuerpo nuevo y el divino
deseo de vivir con ilusiones.

Libertadora libre, ¡cómo estamos
viviendo el vaticinio duro y frío:
separados de todo lo que amamos,
tú en la fosa común, yo con mi hastío!

AGONIA DE UNA BELLEZA

Tu belleza se muere, pobre princesa mía;
ya tus ojos reflejan zonas crepusculares,
el otoño en tu carne pone su boca fría
y en tus labios fallecen los azules cantares.

Esas voces de sueño, nunca más las alcobas
llenarán con sus oros rítmicos y suntuosos;
ya tus flancos se pierden, no como antes arrobos
con los senos redondos, firmes y milagrosos.

Nunca ya sobre el piano vendrán resurrecciones
de primaveras vastas y deseos de amar,
no llenarás tus ojos con las mudas visiones
de navíos y diques y un domingo en el mar.

Todo el mundo bravío, los imperios del Nervio,
las lejanas comarcas de fiebre de pasión,
no tendrán sus riquezas ni el empuje soberbio,
ni savia de la tierra, ni sed, ni rebelión.

Ya las grandes quimeras buscan las sepulturas;
el Ideal, inválido, guarda sus armas rotas;
los besos han perdido sus divinas locuras
y las manos se alargan glaciales y devotas....

¡Y pensar que un poema indefinible llega
a morir como tantas frías vulgaridades,
en el turbión monstruoso de pavora que ciega;
en la vida que pasa con sus obscuridades!....

LO INEVITABLE

Consuelo de mis agrias depresiones
cuando creo enemigos los mortales,
son tus memorias llenas de emociones,
llenas de besos y de llantos reales.

Es un consuelo tu recuerdo. Vivo
ese trozo de tiempo extraordinario
para obtener el hondo lenitivo
como la azul virtud del incensario.

Resucito las horas distraídas
donde el cansado espíritu se embarque:
cuando con nuestras manos reunidas
forjábamos proyectos en el parque.

Con los ojos cargados de visiones
nos amamos sin goces, sin alarde,
sin más certezas ni otras confesiones
que ver dos paraísos en la tarde.

Diálogos lentos, roces extenuados,
querellas y locura perdurable;

espectros del Destino entrelazados
para el fin descompuesto, abominable.

Tus fiestas, tus perfumes, tu organismo,
se consumieron como buenas flores
en el escalofrío del abismo
donde se transfiguran los amores.

Moriste con la inmensa poesía
de los que van con su pasión divina
y tu vida la lleva el alma mía
como sol, amuleto y medicina.

UNA MARITORNES

Morena, bravía y sólida,
sin lujos y sin histeria,
llevas el campo en el alma,
la ciudad en la cabeza.

Ulpo, leche, agua de río
—cuando estás en la taberna—
resucitan en tus vasos
con nostálgica belleza;

y tus ojos ciudadanos,
de hembra obscura, firme y nueva,

se cierran como un ensueño
de remembranza y de pena.

Tus sensualismos son sanos
como tu piel y tus venas.
La maternidad ansías
¡y vives como ramera!


Y en los lechos mal pagados
donde el goce apuñalear,
rezas tu oración antigua
olor a ruca y a selva.

NUESTRO AMOR

Se plasmó en las mareas de ocultas potestades,
en los linderos mismos de nuestro azul destino;
nutrido de silencio, de nuevas claridades,
fué obra de infinito que asombró lo divino.

En las largas veladas florecía su síno,
como en los interiores las secretas verdades;
la muerte de los días le trazó su camino
y un vértigo de cumbres llenó sus soledades.

Así se eclosionaba el prodigio; así en medio
de nuestra vida absorta sofocó el duro tedio,
transfiguró los cielos y hechizó nuestras flores;

 y en una noche fuerte, lejos de los humanos,
bajo todo el dominio de vastos esplendores,
pudo al fin constelarse, temblando, en nuestras manos.
